



**LA LEGIÓN
SECRETA
DEL SUR**

La legión secreta del sur
© Víctor Deutsch, 2026

Derechos exclusivos mundiales de edición para todas las lenguas
© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2026
Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires, Argentina
Tel.: (54 11) 4943-8200
editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar
Dirección editorial: Marcela Luza
Gerencia editorial: Marina von der Pahlen
Edición: Mónica Ploese
Edición interna: Juliana Palermo
Producción: Pablo Gauna
Coordinación de diseño: Marianela Acuña
Arte de tapa: Estudio Cremona
Armado de interior: Isabel Barutti

1ª edición: junio 2026
ISBN 978-950-02-1772-9

Impreso en Printing Books,
Mario Bravo 835, Avellaneda,
provincia de Buenos Aires,
en junio de 2026.
Tirada: 4000 ejemplares

Libro de edición argentina.
Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723.

Deutsch, Víctor
La legión secreta del sur / Víctor Deutsch. - 1a ed. - Ciudad Autónoma
de Buenos Aires : El Ateneo, 2026.
352 p. ; 23 x 16 cm.

ISBN 978-950-02-1772-9

1. Novelas Históricas. 2. Guerra Mundial. I. Título.
CDD A863

*Esta es una obra de ficción. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, o hechos reales, es pura coincidencia.
De ningún modo se proponen sugerencias y/o consejos. Grupo Ilhsa S.A., sus socios, empleados y/o directivos no se responsabilizan
por los resultados de otros usos del presente libro.*

*El editor se reserva todos los derechos sobre esta obra. En consecuencia, no puede reproducirse total o parcialmente por
ningún método de reproducción existente o por existir incluyendo el gráfico, electrónico y/o mecánico (como ser el fotocopiado,
el registro electromagnético y/o el almacenamiento de datos, entre otros), sin el expreso consentimiento de su editor,
Grupo Ilhsa S.A. (Ley nº 11.723).*

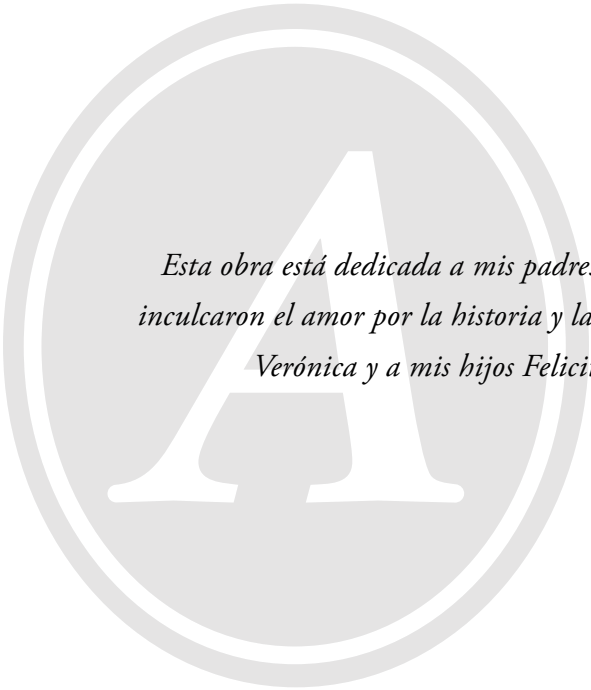
A man in a dark suit and a bowler hat is shown from the back, looking out over a world map. The map is faded and serves as a background for the upper half of the image. The man's hair is graying, and he has a serious expression. The overall tone is historical and mysterious.

VÍCTOR DEUTSCH

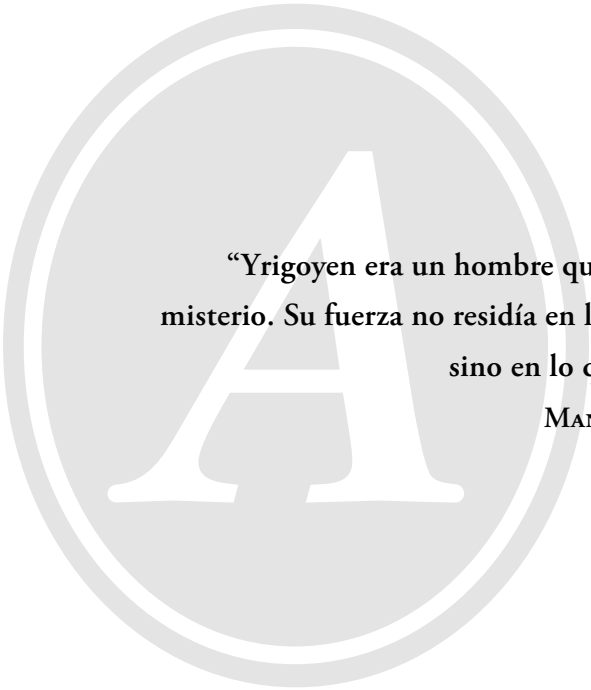
LA LEGIÓN
SECRETA
DEL SUR

A large, ornate building with a central archway and many windows, likely a government or institutional building, is shown in the foreground. The building is surrounded by palm trees and a paved area. The overall scene is in black and white, with a historical feel.

 Editorial El Ateneo



*Esta obra está dedicada a mis padres, quienes me
inculcaron el amor por la historia y la literatura, a
Verónica y a mis hijos Felicitas y Beltrán.*



“Yrigoyen era un hombre que vivía en el misterio. Su fuerza no residía en lo que decía, sino en lo que callaba”.

MANUEL GÁLVEZ

PREFACIO

Año 1914. ¡Guerra en Europa! Los ejércitos de la Entente (Imperio británico, Francia, Italia y el Imperio ruso) se enfrentan a las fuerzas de las Potencias Centrales (el Imperio alemán, el Imperio austrohúngaro y el Imperio otomano) en sangrientos combates. En septiembre ya desaparece la ilusión de una guerra corta: la batalla del Marne detuvo el avance alemán hacia París y, en el Frente Occidental, surgieron trincheras desde el mar del Norte hasta Suiza a lo largo del territorio francés.

Los dos años siguientes ambos bandos lanzaron ofensivas masivas sin sacarse apenas ventaja. La artillería se hace lo suficientemente destructiva como para arrasar ciudades enteras, su uso continuado significaba el sacrificio seguro de millones de jóvenes soldados.

En noviembre de 1916, el Imperio alemán enfrenta su mayor crisis desde el comienzo de la guerra europea. Las tropas alemanas resisten a duras penas los ataques franco-británicos en el Frente Occidental. En el Frente Oriental, el Imperio ruso lanza una ofensiva que es contenida con mucho esfuerzo y grandes pérdidas.

El bloqueo naval impide la llegada de vitales materias primas de ultramar. Faltan combustibles y alimentos; y la población civil sufre grandes privaciones. En cambio, los británicos, gracias a su dominio del

mar, pueden transportar suministros desde Estados Unidos, Argentina o sus colonias de ultramar.

Ante la desesperada situación, el emperador de Alemania, Wilhelm II, nombra como jefe del Alto Mando Militar (OHL) al anciano y prestigioso mariscal Paul von Hindenburg, de 69 años. Sin embargo, este delega su autoridad en su adjunto, el general Erich Ludendorff, quien ha vencido continuamente a los rusos durante los últimos dos años, aun contando con fuerzas muy inferiores en número. Sus tropas ocupan grandes áreas del Imperio ruso, con lo que pueden explotar sus recursos al máximo.

El nuevo hombre fuerte reorganiza el orden de batalla del Frente Occidental y designa nuevos mandos que le son afines. Entre ellos, el general Walther von Lüttwitz, en el III Cuerpo del Ejército.

A finales de noviembre de 1916, el mayor Wilhelm Faupel recibe la orden de incorporarse como jefe de Estado Mayor del III Cuerpo. El 28 de noviembre de 1916 llega al bosque de Argonne (Francia) para ocupar su nuevo puesto.

PRIMERA PARTE

UN PLAN PARA GANAR LA GUERRA

“La estrategia determina el lugar donde habrá de emplearse la fuerza militar en el combate, el tiempo en que esta será utilizada y la magnitud que tendrá que adquirir. Esa triple determinación asume una influencia fundamental en el resultado del encuentro”.

CARL VON CLAUSEWITZ, *De la guerra*
(1832)

CAPÍTULO I

LA GUERRA DE FAUPEL

**DISTRITO DE VERDÚN, FRANCIA, FRENTE OCCIDENTAL,
DEL 15 AL 17 DE DICIEMBRE DE 1916**

Wilhelm Faupel despertó sobresaltado por el repentino silencio. Por un momento pensó que había tenido una pesadilla y que seguía dormido. Saltó de la cama y se acercó a la ventana, mientras manoteaba los pantalones del uniforme en la oscuridad.

Por más que se esforzaba, no conseguía oír nada. Abrió la ventana y dejó entrar el aire helado, pero todo estaba en absoluto silencio. Se puso la guerrera mientras pensaba en que esa quietud solo podía significar una cosa: el ataque de la infantería francesa había comenzado.

Desde unos días antes, en las cercanías de Verdún, al este del río Mosa, miles de cañones franceses de gran calibre disparaban sobre la primera línea de trincheras alemanas, arrasándolo todo. El estruendo

era tal que se había acostumbrado a escucharlo aun a unos treinta kilómetros de distancia.

De inmediato salió corriendo hacia la improvisada sede de su Estado Mayor, en el edificio municipal de Boureuilles. Era una aldea con apenas un puñado de pequeñas granjas y chalets en torno a la carretera de Varennes, que no tendría más de cuatrocientos habitantes antes de la guerra. Ahora solo quedaba un centenar de mujeres, niños y ancianos. No había ni cafés ni hoteles ni panadería, siquiera. Lo bueno era que, al carecer de valor estratégico, el pueblo estaba relativamente intacto.

Las articulaciones le dolían por el frío y tosió, exhausto, aferrándose a un poste al llegar, para no caerse. Le pareció mentira que apenas cuatro años antes hubiera podido recorrer cientos de kilómetros a caballo por las pampas argentinas sin cansarse. Dos años de tensión constante, con muy escasos períodos de descanso, lo estaban afectando. A los 43 años se sentía como un anciano achacoso.

Debía averiguar la dirección del ataque. Rezaba para que los franceses no arremetieran contra su sector del frente. Sus tropas estaban formadas por veteranos de entre 30 y 40 años, cansados, mal entrenados y peor equipados.

Una vez adentro, vio que la central telegráfica escupía mensajes sin interrupción. Los leyó con ansiedad y corrió al despacho del general Lüttwitz, su jefe y comandante del III Cuerpo. El general lo hizo esperar un rato.

Cuando le permitieron entrar, lo encontró sentado ante su escritorio, leyendo un cable. Tenía la espalda recta, el uniforme impecable y el cabello algo largo, totalmente cano, peinado a la gomina con raya al medio. Había cumplido los 57 años y era de la región de Silesia, como él. Pero ahí terminaba su afinidad.

El barón Lüttwitz era un aristócrata terrateniente, nacido en el castillo de su familia, mientras que Faupel había venido al mundo en la granja de su padre, el médico de un pequeño pueblo. Al morir este, cuando él era un niño de solo 6 años, había pasado una infancia muy dura, casi en la pobreza.

El mayor se quedó en silencio, en posición de firme, delante de él, hasta que Lüttwitz levantó la vista y lo miró con sus fríos ojos azules.

—¿Alguna novedad? —le preguntó.

—De momento no hay ninguna en nuestro sector —indicó Faupel—. Pero la situación es confusa... Al parecer, el ataque se dirige a la línea al este de Verdún, si la penetración es profunda podrían atacarnos por el flanco izquierdo.

—¿Qué sugiere?

—Quisiera ir a ver el terreno..., prepararnos para lo peor.

—Concedido.

A continuación, Faupel buscó a su ayudante Karl y le pidió que trajera el coche. Minutos después estaban en marcha hacia el puesto de mando avanzado de Vacherauville, a unos treinta kilómetros de distancia.

Karl era apenas un muchacho de 22 años, un primo de su esposa Edith, al que había conseguido sacar de la infantería para colocarlo como su ayudante, lo que probablemente le había permitido sobrevivir.

Pasaron muy despacio por Varennes y otros pueblos devastados, con las calles llenas de escombros. La carretera estaba colapsada por soldados a pie, carros a caballo y unos pocos coches y camiones que se movían por el frente. El clima estaba helado, el cielo, nublado y caía una nieve fina. Faupel sabía que los soldados que se echaban al suelo congelado no volverían a levantarse.

Cerca del mediodía ya se acercaban a Vacherauville por un camino vacío y silencioso, entre campos de cultivo arrasados. Karl debía esquivar equipos militares tirados sin cuidado: cascos, fusiles, carros... Faupel empezó a tener un muy mal presentimiento.

Un primer disparo resonó cerca de ellos, levantando grava de suelo. Enseguida, hubo otros tres o cuatro, algunos con el sonido metálico del rebote en las chapas del coche.

—¡Da la vuelta! —gritó Faupel.

Karl intentó girar el coche en redondo, pero el camino era estrecho y requería varias maniobras. Por un momento, el vehículo quedó de costado, con el lado del conductor expuesto hacia las balas.

El ayudante se llevó las manos al cuello y ahogó un grito. Parecía querer decir algo, pero no le salían las palabras. Faupel sacó su pistola e hizo un par de disparos hacia las primeras casas del pueblo de donde intuía que provenía el fuego.

Entonces, Karl cayó de rodillas, sangrando por el cuello. Faupel tiró de sus hombros y lo llevó hacia su asiento, mientras se desplazaba hacia el sitio del conductor. Volvió a disparar antes de sentarse, dar un volantazo y derrapar para salir a toda velocidad.

—¡Aguanta, Karl! —gritó.

Condujo como un loco, esquivando los materiales tirados a lo largo de la ruta, mientras Karl yacía exánime en el asiento. Habrían andado un par de kilómetros cuando, a la distancia, vio unos hombres, que enseguida se volvieron hacia él, apuntándole con las armas. No se podía detener. Un poco más cerca reconoció los uniformes alemanes. Se irguió en el asiento y se detuvo junto a ellos, gritándoles:

—¿De qué unidad son? ¿Adónde van?

Eran cuatro; uno de ellos respondió blandiendo el arma:

—10ª división. Nos retiramos, jefe. Todos huyen o se rinden.

Faupel dudó un momento. Podía sacar su pistola e intentar arrestarlos u obligarlos a hacer frente al enemigo. Era lo que le habían enseñado. Pero no lo que se debía hacer. Además, necesitaba información.

—Vengan conmigo. Los llevaré a la retaguardia.

Faupel volvió a sentarse en el coche y esperó a que los cuatro soldados se acomodaran. Comprobó que Karl todavía tenía pulso. Uno de los hombres lo ayudó a enderezarlo y colocarle un improvisado vendaje con un trozo de tela. Luego, engranó la marcha y salieron.

—¿Qué pasó con el puesto de mando de la división? —preguntó Faupel.

—Los franceses lo tomaron. Éramos muy pocos; todos los oficiales cayeron prisioneros. Nosotros conseguimos salir porque estábamos en las afueras del pueblo.

—Pero... ¿no había una división entera aquí...? —preguntó Faupel.

El soldado sonrió con ironía.

—Nos bombardearon día y noche durante tres días..., mataron todo lo que no estuviera a tres metros bajo tierra. Nuestro oficial solicitó permiso para retirarnos, pero no le hicieron caso... Muchos desertaron estos días. Veníamos de luchar en Somme y nos dijeron que era una zona tranquila. No quedaban muchos cuando llegaron los franceses...

Faupel apretó los dientes. Estaba indignado. Poco a poco fueron hallando otros grupos de soldados dispersos que se retiraban en desorden. Llegaron al pueblo de Samogneux, que no era más que un montón de escombros; solo una iglesia parecía mantenerse en pie. Allí encontró un hospital de campaña.

—Está muerto —dictaminó el médico, tras un breve examen—. Déjelo en esa tienda con los otros.

Faupel cargó el cuerpo de Karl. No estaba triste, sino enfadado. Harto. Había visto morir a demasiada gente. Se prometió escribirle a Edith. Había hecho lo posible para protegerlo..., pero no había sido suficiente.

Cuando salió de la tienda, vio que otro oficial increpaba a los soldados que había rescatado del frente. Llevaba el uniforme de teniente coronel bien planchado y portaba un monóculo.

—¡Firmes, soldados! ¡Formen allí con esa columna! ¡Salimos inmediatamente para contraatacar!

—¿Qué mierda dice? —le espetó Faupel.

El otro se volvió con la intención de insultarlo, pero se detuvo ante las insignias del Estado Mayor. Se cuadró y saludó.

—Von Kaisenberg, 6º Regimiento de Granaderos. Me llevo a estos soldados para contraatacar. No cederemos ni un palmo de terreno.

—¿Está loco? Los masacrarán..., nuestra artillería es inferior.

El otro pareció irritado.

—¡Qué más da que esos perros mueran por el Reich!

Un instante después, von Kaisenberg lo miraba sorprendido, tomándose la mandíbula, sentado en el barro y con el uniforme hecho un asco. Faupel se apretó con la mano los nudillos doloridos. El otro oficial amagó con sacar la pistola.

—Ni lo piense —dijo Faupel.

Le apuntaba con su revólver Colt del ejército argentino, regalo de sus camaradas de Buenos Aires. Era un arma no reglamentaria, pero la llevaba siempre escondida, para situaciones de emergencia.

—¡Lo denunciaré al juez militar! —le advirtió.

—Hágalo, pero no se llevará a nadie de aquí.

Faupel dio un paso al frente. Los soldados lo miraban con cierta admiración. El teniente coronel se puso de pie con dificultad.

—Da igual. Las órdenes vienen directamente del 5º Ejército..., del propio general von Lochow. Si no lo hago yo, lo hará otro. —Señaló la carretera y sonrió con burla—. Si quiere discutirlo con el Estado Mayor, vaya al cuartel de Stenay.

Le llevó el resto del día llegar al cuartel del 5º Ejército. Los teléfonos ardían dando y recibiendo información. Después de enterarse de la situación, consiguió una línea para comunicarse con Lüttwitz.

Le contó su accidentado viaje, lo que no mereció más que una pregunta del general para saber si estaba herido y si podía seguir trabajando. Luego le resumió la situación.

—Las tropas retroceden en desorden. Se habla de más de diez mil muertos y prisioneros en un solo día. La única buena noticia es que el ataque se aleja de nuestro sector. El eje es hacia el este de Verdún.

—Bien. Entonces la orden para mañana es mantener las posiciones —dictaminó Lüttwitz.

Faupel dudó en el teléfono.

—El general Lochow insiste en contraatacar... Si no se hace algo, esta brecha se podría transformar en una derrota decisiva.

Dejó que sus palabras decantaran en Lüttwitz. “Derrota decisiva” era algo que nadie quería escuchar. Implicaba una situación irreversible en el Frente Occidental. La necesidad de pedir la paz o luchar hasta que el ejército colapsara por completo.

—Quisiera sugerir la aplicación de la “defensa flexible” —concluyó.

Escuchó los chasquidos electrónicos en la línea telefónica, mientras el general pensaba. Unas pocas semanas atrás, Lüttwitz había sido el

jefe de Estado Mayor del 5º Ejército, antes de su traslado como jefe del III Cuerpo.

—Sí, hable con el coronel von Ledebur y ayude en lo que pueda. Intente que prepare un plan de “defensa flexible” y que lo lleve a la firma de von Lochow.

Encontró a von Ledebur con su *staff* en la sala de mapas, ojeroso y hundido, mientras las fichas que representaban a los ejércitos enemigos parecían señalarlo. Las otras fichas, las de los ejércitos alemanes dirigidas a enfrentarlos, parecían a punto de ser tragadas por la boca de un animal gigante.

—Coronel..., quisiera hacerle una sugerencia.

Von Ledebur asintió en silencio. Se lo veía desesperado.

—Debemos aplicar la táctica de la “defensa flexible”: ceder el terreno y establecer varias líneas ligeras, una detrás de otra, fuera del alcance de la artillería enemiga. Que sea el enemigo el que se ponga bajo el alcance de nuestros cañones y ametralladoras.

El coronel lo escuchó... y negó con la cabeza.

—Es imposible, el general von Lochow no lo permitirá jamás...

Faupel lo tomó del brazo y lo hizo poner de pie. Los otros miembros del *staff* lo miraron expectantes.

—¡No pida permiso! ¡Haga lo que debe hacer!

19 DE DICIEMBRE

—Caballeros —comenzó Ludendorff—, debemos empezar reconociendo que hemos sufrido una grave derrota. Material y moral. Pero nuestra tarea ahora no es buscar culpables. Primero, debemos estabilizar el frente y luego entender por qué ha sucedido esto, para evitar que vuelva a pasar.

El jefe supremo en persona había llegado a Stenay en su tren especial. Para muchos oficiales, esa era la primera vez que lo veían en su nueva función. Saludó cordialmente a todos los presentes.

Faupel sabía que Ludendorff tenía unos 50 años, aunque parecía algo mayor. Su amplia frente le daba un aire de filósofo o profesor y portaba un gran bigote negro que contrastaba con su cara pálida. Estaba un poco gordo y era más bajo que la mayoría de los presentes. El jefe del Alto Mando había arrancado su discurso con un tono conciliador.

—No desperdiciaremos más recursos en este frente. Hemos perdido las mejores posiciones de observación para el ataque. Nos mantendremos a la defensiva. —Señaló el gran mapa desplegado en la pared—. Como ustedes saben, ya en septiembre comenzamos a diseñar una nueva línea de fortificaciones. Volcaremos todos nuestros recursos allí y no dejaremos que pasen. El enemigo debe entender que somos fuertes y estamos decididos a resistir hasta la victoria.

Faupel estaba impresionado. Ludendorff mostraba una apertura que sus antecesores no habían tenido. Marcaba líneas estratégicas firmes, pero demostraba escuchar a sus subordinados y parecía flexible cuando sabía que podía serlo.

—No haré un proceso contra el distinguido general von Lochow, pero no obtendrá un nuevo mando. En cambio, todos sus colaboradores tendrán un nuevo destino inmediatamente y no habrá ninguna persecución. Son oficiales competentes y los necesito. —Miró a todos alrededor de la mesa—. Pero quiero un informe en una semana que detalle los motivos del fracaso. No discutiré que nuestra situación de inferioridad era clara, pero nuestra actuación operacional estuvo por debajo de otras situaciones críticas y quiero saber por qué.

La reunión finalizó con una nueva arenga de Ludendorff para conseguir la victoria final. Luego, este se retiró saludando a todos.

Poco después, mientras Faupel reunía sus papeles para irse, uno de los ayudantes del general lo llamó aparte.

—Mayor, el general Ludendorff quiere verlo a solas antes de tomar el tren de regreso. Acompáñeme a la estación en mi coche.

Faupel asintió y siguió obedientemente al oficial. Ambos se mantuvieron en silencio durante el breve trayecto, mientras el mayor se preguntaba si la reunión se debería a alguna queja sobre su comportamiento. No podía ser por el incidente con von Kaisenberg. No había tenido tiempo de denunciarlo porque había muerto como un héroe aquella misma tarde durante su absurdo contraataque. Por supuesto, después de caer, todos sus hombres se habían rendido al instante.

Pero quedaban los generales prusianos y sus oficiales del Estado Mayor. Quizás había sido demasiado vehemente en la defensa de sus tácticas modernas, en contra de la opinión de los generales más aristocráticos y tradicionales. Suspiró. Había pasado demasiado tiempo en el Colegio Militar de Buenos Aires, donde las diferencias de clase no eran tan marcadas. Debería cuidarse más.

El jefe del Alto Mando lo esperaba de pie en el andén, mientras el tren se preparaba para partir. Cuando llegó junto a él, Faupel se cuadró y lo saludó. Ludendorff devolvió el saludo y le habló en tono calmo:

—Estuve mucho tiempo sentado. Conversemos mientras caminamos por el andén.

El general cruzó las manos por delante de su barriga, que desde cerca se veía más prominente, y comenzó a andar, con aire despreocupado, mientras que él, nervioso, intentaba mantener la rigidez prusiana reglamentaria.

—Mayor, recibí buenos comentarios sobre usted. Tanto del teniente coronel Bauer, como del coronel Lossberg y del general Lüttwitz.

—Muchas gracias, señor.

Se dio cuenta de que Ludendorff, a corta distancia, parecía más distendido, exhalaba confianza y se esforzaba por mantener un trato exquisito.

—Además, tengo entendido que es usted un experto en geopolítica americana. Estuvo asignado al Departamento América con el teniente coronel Bauer y destinado en Argentina, según creo.

Faupel comprendió que era una pregunta retórica: Ludendorff había leído su legajo. Por lo tanto, el general estaría enterado del incidente que había provocado su “exilio” en Argentina. No pudo evitar cierta vacilación al responder.

—Sí, señor. Desde 1911 hasta que comenzó la guerra.

—Bien. Como experto, sabe que hace tiempo estamos apoyando a México con armas, dinero e instructores militares. Como una forma más de mantener ocupados a los norteamericanos para que no tengan la tentación de intervenir en Europa. Parte de lo que ustedes llamaban “Plan América”. Pero México es uno solo. Cuénteme la posición de los demás países.

Faupel dudó un momento. No sabía muy bien adónde quería llegar Ludendorff, así que optó por una respuesta un tanto aséptica.

—Lo importante es el grupo ABC: Argentina, Brasil y Chile. Argentina es el más fuerte, tanto en lo económico como en lo militar, y tenemos firmes relaciones establecidas allí. Hay cuarenta mil compatriotas en Argentina y muchas empresas alemanas, además de gran cantidad de oficiales que apoyan nuestra causa. Chile tiene un buen ejército y marina, muy bien entrenados por oficiales alemanes, disciplinados a morir.

Faupel volvió a detenerse antes de hablar del Brasil.

—Brasil es el más complejo por su vinculación con la corona portuguesa y la británica, basada en los comerciantes de Río. Tiene un enorme territorio con un ejército y una flota muy pequeños. Grandes

grupos de hacendados del sur han organizado sus propias milicias, son muy independientes del poder central y comparten los intereses con Argentina. También hay una colonia alemana importante allí. Si entrara en el conflicto, el país se partiría en dos.

—¿Y el resto?

Faupel hizo un resumen de lo que sabía de cada país. Ludendorff siguió caminando en silencio. Omitió expresar lo que pensaba. Miró el reloj de la estación y dio por finalizada la reunión. Se despidió cordialmente, diciendo:

—Muchas gracias. Sus comentarios me han sido de mucha utilidad. Seguiremos conversando en el futuro.

